

EN BUSCA DEL DUENDE SABIO 1: MEDICONEJO Y EL HADA



Como todos los días, el Mediconejo paseaba alegremente por el bosque. Le gustaba disfrutar de la naturaleza, observando los árboles, oliendo las flores o saludando a sus habitantes, como la ardilla Shafi. Un día, de repente, se encontró con un ser diminuto, que le recordaba a un hada de los que había escuchado hablar en los cuentos. Parecía triste y perdida.

- ¡Hola! Soy Mediconejo. ¿Quién eres tú?

Pero el hada permaneció callada. De modo, que Mediconejo siguió preguntando.

- ¿Estas enferma? Yo puedo ayudarte si quieres.

Entonces el hada empezó a hablar.

-Creo que tú sólo no puedes ayudarme. Verás estoy triste porque los niños cada vez usan menos la imaginación y se interesan menos por los libros.

-Pero los libros esconden historias maravillosas... ¿Cómo es eso posible? Dijo Mediconejo.

-La falta de imaginación y de interés por los libros, ha hecho que yo enferme. He perdido mi magia y con ella, mi identidad.

-¿Identidad? ¿Qué quieres decir?

-Mediconejo, sin mi magia no soy un hada de verdad. Para recuperarla, necesito que los niños creen en mí, que sueñen con mundos de fantasía, que jueguen y lean mucho..., que sean niños. Sólo ellos, pueden ponerme un nombre, si usan su imaginación.

-Oye, ¿de verdad no tienes nombre?

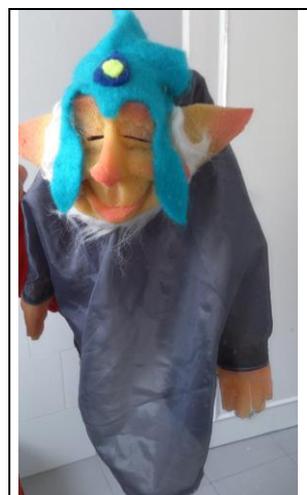
-Los niños deben saber que, si creen en nosotras las hadas, nunca se sentirán solos de verdad. Habitamos en su imaginación y en su corazón, sólo tienen que pensar en nosotras y se darán cuenta de que son especiales, de que la magia está en ellos.

-Se me ocurre una idea. Verás, yo puedo comunicarme con los niños a través de las redes sociales. Tal vez, pueda pedirles que nos ayuden. Además, me encantaría que también formaras parte de sus páginas.

- Amigo o amiga. Si estás leyendo esta historia, comprenderás que lo que te voy a pedir no es ninguna broma. He necesitado ver a un hada, para saber que existe de verdad. Pero tú eres un niño, con tu imaginación no necesitarás verlas. Piensa en ellas, porque siempre estarán a tu lado. Piensa, que las puedes encontrar en historias como la de Peter Pan. A ellas y a otros muchos seres extraordinarios los podrás encontrar en los libros. Déjate llevar por ellos, sueña que eres un personaje más, piensa lo que puedes hacer y construir con tu imaginación. Te propongo algo, intenta pensar en un nombre para el hada, inventa una historia con ella. Déjate ayudar por tus padres o amigos. La magia volverá a ti. Entrega tú historia a un voluntario o mándala a asoc.akafi@gmail.com,

- ¿Crees, Mediconejo, que nos ayudarán?

-Estoy seguro. Ya sabes que los niños son verdaderamente extraordinarios, ponen una gran imaginación en sus juegos, son capaces de inventar las mejores historias.



EL DUENDE SABIO

Ahora quiero que vengas conmigo, serás mi invitada y vivirás en mi casa, que es la casa de los niños. Y desde ahora, no debes temer nada. Además, confío en mis amigos, los voluntarios y voluntarias, seguro que sabrán animar a los niños para que formemos parte de su mundo.

“La enseñanza de esta historia es que nunca debes de sentirte solo. Siempre estarás acompañado por las hadas y cuantos seres y familiares albergues en tu corazón. No dejes de creer en lo que deseas de verdad. Si hay algo maravilloso en los niños, es la inocencia. No la pierdas, se un ser mágico a la hora de tratar a los demás, siempre desde el respeto y el cariño”.

(Continuará.....)

EN BUSCA DEL DUENDE SABIO 2: MEDICONEJO Y LA HORMIGA BARBOSA

(...) Era un día muy primaveral, el Mediconejo siguiendo con su habitual rutina, se estaba dando un paseo por el bosque tropical. No podía ser más maravilloso. Las liebres corrían muy contentas; las ardillas, muy revoltosas, jugaban saltando de una rama a otra. Los pájaros cantaban alegres moviéndose entre orquídeas, helechos, bromelias, palmeras y otras plantas. Todo un espectáculo que hacía apetecible detenerse para admirar la vida en el bosque.

Sin embargo, su pensamiento estaba en aquella hada, sin nombre, que había acogido en su casa. No paraba de hablar de ella con todos los animales con los que se encontraba. Le llenaba de preocupación que la falta de inocencia en los niños, esa pérdida de interés por los libros y la excesiva dedicación al mundo de los videojuegos; estuviera cambiando la infancia y afectando tanto al mundo fantástico de las hadas, de la imaginación.

Se le ocurrió que era hora de visitar a su amigo el duende Sabio, sabedor de todas las cosas. Aunque sabía que vivía lejos, no dudó en iniciar el largo recorrido en busca de respuestas. Llevaba varias horas de camino, cuando escucho una voz:

- ¡Cuidado!

Entonces se dio cuenta de que se trataba de una hormiga y a punto estuvo de pisarla.

- *Lo siento.* Dijo el Mediconejo.

- *No importa, sé que no me habías visto.*

- *¿Quién eres?*

- *Me llamo Barbosa y vivo en un hormiguero, muy cerca de aquí. Busco comida para llevar a casa.*

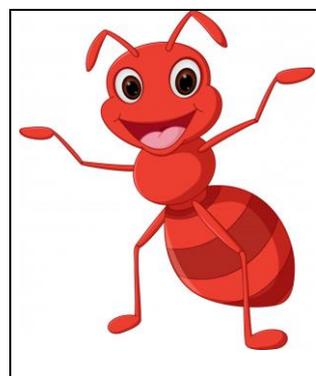
- *Yo me llamo Mediconejo y voy en busca del duende sabio.*

- *¿Del duende? He oído hablar de él, pero no es fácil encontrarle.*

- *Oye, me vendrá bien hacer un descanso. Y tengo un poco de pan, puedo darte alguna miga si quieres. Así compensaré el susto que te he dado.*

- *¿Miga de pan? ¡Claro! Muchas gracias. Continuó hablando Barbosa: Eso me recuerda algo que me sucedió hace tiempo. Verás:*

“Mi reina, la hormiga Catalina salió a dar un paseo una soleada mañana de verano y descubrió, junto a un árbol, algunos alimentos que se podían almacenar para el invierno. Volvió al hormiguero y llena de alegría indicó a todas las hormigas el lugar



donde encontrarían todas las provisiones. Emprendieron el camino, pero a Vicente la hormiga independiente, y a su amiga Libertad, la de antenas sin parar, les gustaba explorar y buscar alimentos por su



cuenta. Así que no hicieron caso a las indicaciones que las habían dado y cada una se fue por su lado, con la esperanza de encontrar comida. Libertad se subió a unas piedras, pero nada encontró. Vicente, buscó... y buscó, pero nada encontró.

Se había hecho muy tarde y Vicente y Libertad, cada uno por su lado, se dieron cuenta del error que habían cometido al haberse alejado tanto. Ahora tendrían que volver sin nada de comida, llenos de vergüenza. De regreso, se encontraron y se pusieron a caminar juntas comentando su aventura. De repente, vieron pasar a un niño que se comía un bocadillo. Con asombro, observaron cómo caía al suelo una gran miga de

pan. Las hormigas se relamían y se les hacía la boca agua.

-*Me la comeré entera en un momento, dijo Libertad*

Pero cuando la tenía agarrada con su boca y pensaba en la cara que pondrían todas las hormigas del hormiguero, Vicente exclamó:

- *¡Deja en paz esa miga de pan! ¡Es mía! ¡Yo la vi primero!*

Empezaron a tirar cada una para un lado... para allá y para acá, para acá y para allá..., mientras discutían con gran fuerza. Entonces, fue cuando las encontré. Al verme, se asustaron pensando que tendrían que repartir conmigo el botín.

-*Ni te acerques, la miga es mía, dijo Libertad*

-*Si quieres llevarte este alimento, tendrás que pelearme conmigo, dijo Vicente.*

Pelearme yo, ni por asombro. Las peleas no sirven para nada. Entonces les dije que era una miga muy grande, que había comida para las tres. Y seguro que, nos sobraría una parte que podríamos llevar entre las tres. Que lo mejor era compartir. Discutir no sirve para nada, nos hace perder el tiempo.

-*Oye Vicente, creo que Barbosa tiene algo de razón. Dijo Libertad. Además, si no lo hacemos cuanto antes, la miga de pan se va a quedar más dura que una piedra.*

Entonces, comimos hasta hartarnos. Nos hicimos amigas y llevamos un gran trozo al hormiguero ante la sorpresa de todas. Era ya muy tarde, pero viéndonos llegar con ese preciado botín, lo compensó todo.”

- *¡Qué buena enseñanza! Dijo el Mediconejo. Hay que saber compartir y ganaremos muchos amigos. ¡Anda, come algo!*

- *Oye, ¿podría acompañarte a buscar al duende? Bueno, si no te importa llevarme. Podría aprender mucho del duende y seguir enseñando a todas las hormigas a ser mejores compañeras.*

- *Me parece bien. Oye, quiero hablarte de un hada que me encontré en el bosque...*

Desde ese momento, el Mediconejo seguiría el camino en buena compañía, con el pensamiento puesto en aquella hada. ¿Conseguirán encontrar al duende?

“La enseñanza de esta historia es que nunca, jamás, debes de acudir a la violencia. Los gritos y las peleas no sirven para nada; y nunca te ayudarán, tan solo empeorarán más las cosas. Tienes derecho a sentirte enfadado, pero la mejor forma de resolver los conflictos es dialogando, cuando te sientas relajado. No intentes resolver los problemas si te encuentras muy nervioso, es mejor que te retires un rato y te tranquilices. Por otra parte, no olvides compartir. Te hará mejor persona y descubrirás

que puedes conseguir mucho más de los demás, en especial su amistad y muchos momentos de diversión”.

(Continuará.....)

EN BUSCA DEL DUENDE SABIO 3: MEDICONEJO Y LA ARDILLA GOTITA

(...) El Mediconejo tenía un objetivo claro, encontrar al duende Sabio, sabedor de todas las cosas. Pensaba en la manera de ayudar a aquel ser fantástico, el hada de los cuentos. En como la falta de imaginación de los niños, tal vez motivada por la excesiva dedicación al mundo de los videojuegos y la pérdida de interés por los libros, podría afectar tanto al mundo fantástico de las hadas, de la imaginación. En su camino, se había cruzado con la hormiga Barbosa que había decidido acompañarle. Iban caminando por el bosque cuando escucharon una voz de auxilio.

- ¡Ayuda, se ahoga!

La ardilla Gotita era muy presumida. Creía no necesitar ayuda de los demás. Despreciaba a todos los animales: el chacal hablaba demasiado; el jabalí, sucio; el pájaro carpintero, muy ruidoso; el cocodrilo, demasiado astuto. Un día se levantó muy temprano. El rocío de la mañana cubría el bosque y el aire era muy fresco. A esa hora todos los animales se reunían para beber en el río cercano. La ardilla abandonó su agujero, debajo de las raíces de una acacia, para buscar los frutos de un árbol, llamado aga-aga.

Cuando encontró el árbol, comprobó que los frutos no estaban maduros. Gotita estaba hambrienta y sedienta. No había ido a beber al río por no mezclarse con los demás animales. No le quedó más remedio que comer algunos frutos. El primero le supo amargo; el segundo, un poco menos. El problema comenzó con el tercero: era tan grande que se atragantó. Gotita no podía respirar ni pedir ayuda. Comenzó a dar grandes saltos, pero el fruto no se movió de su garganta. Además, le ardía el estómago.



El petirrojo, ave muy admirado y querido en el mundo, conocido por los habitantes del bosque como amistoso, se dio cuenta de la situación. Pidió ayuda. El Mediconejo, no dudó en atender a la ardilla. La examinó con la sabiduría de un médico experto. Descubrió el mal rápidamente. Buscó una brizna de hierba y la introdujo en el hocico de Gotita. La ardilla estornudó con tanta fuerza que el fruto salió fuera de la boca. Ya podía respirar, aunque aún tenía un fuerte dolor de estómago.

-No te preocupes Gotita, pronto te sentirás mejor.

-Deberás seguir un tratamiento durante varios días, continuó diciendo el Mediconejo. La hormiga Babosa y yo, nos quedaremos para asegurarnos de que te recuperas bien.

- ¿Por qué te acompaña una hormiga? Dijo Gotita.

-Me enseñó a compartir y me ayudó cuando le necesité. Ahora busca al duende Sabio y no quería que siguiera el camino solo. Aprendo mucho a su lado. Dijo Babosa.

- ¿El duende Sabio? ¿Acaso sabéis donde encontrarle? Dijo Gotita, antes de quedarse dormida.

Durante la convalecencia el cocodrilo se ofreció para llevarle el agua necesaria para beber y bañarse; el jabalí para llevar comida a su casa y el chacal se pasaba

cada tarde para hacerla compañía y contarle todas las novedades del bosque. Gotita se dio cuenta de la solidaridad de esos animales y de cuantos se preocupaban por ella. Cambió totalmente la opinión que tenía sobre ellos. Ahora en su mirada había humildad en lugar de orgullo.

-Mediconejo, ya me siento mejor, dijo Gotita. Me gustaría reunir a todos los vecinos del bosque para darles las gracias.

- Claro, organizaré una fiesta. Y después, seguiré mi camino.

Estando todos reunidos, la ardilla Gotita tomó la palabra.

-Estoy muy arrepentida de mi comportamiento antes de enfermarme. He aprendido a ser más agradecida y lo importante que es saber compartir y saber escuchar a los demás. Por eso, quiero daros las gracias.

En ese momento, se dirigió al Mediconejo y le dijo:

-Me has ayudado mucho. ¿Crees posible que pueda acompañaros en vuestro camino y ayudaros a encontrar al duende sabio? Puedo ser de gran ayuda. Desde la altura de los troncos de los árboles puedo ver a distancia. Tal vez, pueda llegar con mi visión a donde vosotros no podéis.

-Por supuesto! Muchas gracias. Saldremos mañana.



Gotita ofreció su casa al resto de las ardillas, para que la utilizarán cuando les hiciera falta. Y celebró una gran fiesta, que sería también su despedida antes de comenzar su aventura con Mediconejo y Barbosa. ¿Conseguirán encontrar al duende?

“La enseñanza de esta historia es que es muy importante dejarse ayudar y querer por la gente que te quiere y te rodea. Por supuesto que, puedes y debes tener tiempo para ti, para estar solo y hacer lo que te gusta. Los que te rodean, lo entenderán cuando se lo digas y llegue el momento. Pero, no

olvides que te quieren y necesitarán que les dediques tiempo. Escúchalos, juega y diviértete con ellos, aprende con ellos.”

(Continuará.....)

EN BUSCA DEL DUENDE SABIO 4: MEDICONEJO Y EL AGUILUCHO

(...) Mediconejo, ahora acompañado por la ardilla Gotita y la hormiga Barbosa, continuó su camino en busca del duende sabio. Llevaban horas caminando y necesitaban descanso. Entonces, vieron una granja. Y pensaron que podría ser un buen lugar para descansar. Al entrar, vieron el corral de las gallinas y, con asombro, descubrieron que, entre ellas, había un aguilucho. No era lugar para un ave rapaz, tan ejemplar.

Mediconejo, entonces se dirigió a aquella ave y le dijo:

-Hola, querida reina de los cielos, soy Mediconejo ¿te encuentras bien? ¿Por qué estás con las gallinas?

-Hola, me llamo Santucho. Esta es mi casa.

-Pero, ¿no eres una gallina? Eres un aguilucho cenizo.

-Verás, recuerdo que una vez estuve muy enfermo. Me caí y se me rompió un ala. Llevaba mucho tiempo sin comer. Entonces un granjero, me encontró y con mucho cuidado me tapó los ojos y me llevó a su casa. Pasé mucho miedo, pero comprendí que solo quería ayudarme. Me curó y me dio de comer. Para que pudiera descansar, me ofreció esta nueva casa, junto a mis hermanas las gallinas. Poco a poco me he ido recuperando.



-Santucho, el granjero debió encontrarte cerca de sus huertos. He visto una zona de cultivos de cereal. Verás, debes saber que tu sitio se encuentra en espacios abiertos. Tienes que cazar, volar libre.

-Pero, me gusta la comida de los pollos. Y es divertido ser como ellos, buscando lombrices...

-Te has acostumbrado a actuar como ellos, respondió Mediconejo.

-El granjero, continuó diciendo, ha tenido un bello gesto contigo, dándote la oportunidad de sobrevivir y proporcionándote la compañía y el calor de los pollos del corral. Ahora, debes ayudarlo a él, encargándote de que sus cultivos no se llenen de topillos o ratones. Así, podrá hacer buena cosecha. Y habrá comida para todos. ¿Puedo enseñarte a bolar de nuevo?

-Me da miedo! Dijo el aguilucho.

-Al menos, deja que lo intentemos juntos. Después de un merecido descanso, a la mañana siguiente, bien temprano, el Mediconejo revisó bien las antiguas heridas de Santucho, viendo que se encontraba en perfectas condiciones para volver a volar, le animó. Sal de corral con un gran salto, usando tus alas. No te pasara nada. Adelante amigo, más adelante hay una montaña. Mis amigos y yo, vamos en esa dirección buscando al duende Sabio, acompáñanos y recupera tu libertad. Te volverá a gustar recuperar la libertad.

Poco después, el granjero fue a dar de comer a las gallinas y a recoger los huevos, se sorprendió al ver que ya no estaba el aguilucho. Pero comprendió que, más tarde o más temprano, debía liberarlo. De manera que se alegró mucho. Y cuando, por fin, logró verle volando, un tiempo después, lo celebró como si fuera su cumpleaños.

Ya, en el monte, Mediconejo le dijo al aguilucho: "Tu perteneces al cielo, no a la tierra. Abre tus alas y vuela. Seguro que puedes hacerlo."



No pareció convencerle mucho a Santucho, presa del pánico, que dio un ligero salto y se dio la vuelta en dirección a la granja.

-Siempre podrás visitar las veces que quieras al granjero y las gallinas. Podrás cuidarles desde el cielo. Y serás de gran ayuda. Inténtalo, por favor.

Al oír esto, se paró. Y armándose de valor, dio un gran salto y comenzó a volar. No podía sentirse más agradecido. De repente, todo el miedo se desvaneció. Le agradeció infinitas veces su ayuda al Mediconejo.

Desde aquel día, Santucho no dejó de visitar la granja. Gotita, Barbosa y Mediconejo siguieron su camino, a veces interrumpido por las exhibiciones aéreas que, en ocasiones, les ofrecía el aguilucho desde el aire.

"La enseñanza de esta historia es que no tenemos que ser como los demás, todos tenemos algo que nos diferencia, que nos puede hacer destacar y nos hace

importantes para la gente que nos rodea. De modo que, guíate por tu corazón, no intentes ser o hacer, lo que no eres o quieres. Y, respeta a los demás, piensa que también tienen un corazón”.

(Continuará.....)

EN BUSCA DEL DUENDE SABIO 5: MEDICONEJO Y EL PEQUEÑO FABIÁN

(...) Nuestros amigos Mediconejo, Gotita y Barbosa, continuaron su camino, siempre hacía el norte, ya que su intuición les decía que el duende sabio se encontraría cerca. Enseguida los árboles, dejaron ver un lejano pueblo. Tenían hambre y vieron un gran huerto con mucha comida. Cuando iban de camino, escucharon un llanto que, cada vez se volvía más intenso. Pronto, vieron a un niño pequeño, sentado junto a un gran Fresno. Se le veía sucio, con la ropa vieja, desgastada y rota. Lloraba desconsoladamente, parecía sentirse solo.

Mediconejo, que era todo corazón, se acercó y le tendió una patita.

-Hola, ¿puedo ayudarte?



El niño que, al principio no se percató de su presencia, dijo: *¿quién eres?*

-Me llamo Mediconejo. Y me pone muy triste verte así. ¿Cómo te llamas?

-Fabián. ¿Tienes algo de comer?

-Bonito nombre, significa «amante de la tierra». No, no llevo nada de comida. ¿Dónde vives? Tendrás unos padres, ¿verdad?

-Vivo con mi mamá, en el pueblo. Ella está enferma y me encargó que comprara algo para comer. Pero, he perdido el poquito dinero que tenía.

-Precisamente, dijo el Mediconejo, me dirigía hacía el huerto. Si quieres puedes venir, parece que tiene muchas frutas y verduras. Seguro que podemos pedir algo.

-No, no te acerques, dijo Fabián. Hay un enorme espantapájaros. Parece terrible, me asustó mucho verle.

El Mediconejo, le pidió que se calmara. Y le dijo que iría a hablar con el dueño o la dueña de las tierras. Según se iba acercando, escucho una voz que le decía, *“largo, vete de aquí”*. Era el espantapájaros.

-Solo quiero ver al dueño de la huerta, hay un niño que necesita ayuda.

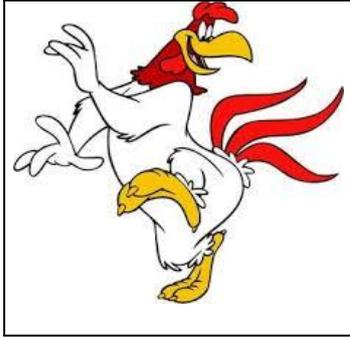
-No lo sabes? Mi dueño es un labrador muy avaro. Me puso aquí para que espantara a todo el que se acercara.

Mediconejo observó al espantapájaros. Vio que sus brazos y piernas estaban hechos con cañas, que el cuerpo estaba relleno de paja. Una calabaza le servía de cabeza. Y llevaba algo de ropa. Sin embargo, le extrañó que no tuviera rostro.

-Oye, entiendo lo que dices, pero si dejas que hable con él...

-Te digo que no, dijo el espantapájaros. Llevo aquí dos días, continuó diciendo. Al principio, no pasaba nadie. Estaba preocupado por el viento y asustado, no sabía si podría hacer bien lo que me había encargado. Pero al poco de estar vigilando, un gorrion necesitado, que sobrevolaba muy bajito para buscar trigo, no cesaba en su empeño de intentar llevarse algo. De modo que, le ofrecí mis dientes de trigo. Me lo

agradeció mucho y yo me quedé muy satisfecho, ya que sabía que era para dar de comer a sus hijos.



-Un día después, continuó diciendo, se acercó al huerto un conejo. No dejaba de mirar mi nariz de zanahoria. Quise cumplir con mi deber de ahuyentarlo, pero me decía que tenía hambre. De modo que hice un trato. Le di mi nariz y se fue contento. Me sentí muy bien, compartiendo. Pero me preocupaba mi dueño. Se iba a enfadar mucho. Esta mañana, apareció un gallo madrugador, no dejaba de lanzar al aire su alegre quiriquirí. Y yo no conseguía asustarlo, de modo que le pedí que cogiera mis ojos que, eran granos de maíz.

Dejó de cacarear y se fue.

-Para colmo, concluyó, hace un rato un vagabundo, que antes trabajaba para mi amo y fue despedido, cogió mi vestido y, muy agradecido, me dejó con estas ropas viejas. ¿Te imaginas cómo se pondrá el labrador cuando me vea? No puedo hacer nada más por ti.

-El Mediconejo, le respondió. ¡Qué gran corazón tienes! Mereces tener uno para que tu dueño entienda los actos tan importantes que has realizado.

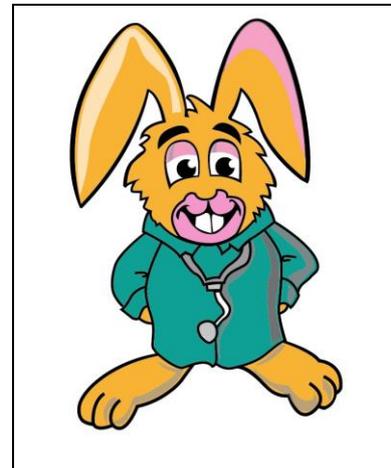
Entonces, le puso un tomate, que encontró en el suelo, en la zona del pecho. Algo maduro y machacado, pero debía tener un gran sabor.

-Te mereces un corazón. El tomate es lo mejor que he podido encontrar. Con tantas buenas acciones seguro que no te importará cederme tu cabeza. La calabaza será un gran alimento para el pequeño Fabián y su madre. Podrán hacer un rico puré para comer.

Dado el noble gesto del Mediconejo, le cedió su cabeza. Ambos, se despidieron muy alegres. Horas más tarde. El labrador fue al huerto y, cuando vio el estado en que había quedado el espantapájaros, se enfadó tanto que decidió destruirlo. Vio, como caía el tomate del pecho. Riéndose, dijo: “Esto, me lo como yo”. Pero al morderlo, experimentó un cambio, su malvado corazón de piedra se había convertido en un corazón amable. En adelante, el huerto del labrador será un vergel donde compartir toda la cosecha. Ya no tendría que desperdiciar la comida. Ganó en amigos.

Fabián, se puso muy contento.

-Gracias, gracias. Le dijo al Mediconejo. Loco de contento, regresó a su casa para sorprender a su madre. También, nuestro protagonista y sus amigos, la ardilla Gotita y la hormiga Barbosa que, habían estado acompañando al niño, pudieron comer gracias a la nueva condición generosa del labrador. Después continuaron su viaje.



“La enseñanza de esta historia es que, siendo egoístas, no ganaremos el corazón de nadie. No tendremos amigos. Aunque seamos ricos en propiedades, no seremos felices. Compartiendo, descubriremos el verdadero sentido de la amistad y nunca nos sentiremos solos”. Pues no lo olvides, trata a los demás con el mismo cariño y respeto, con el que deberían tratarte a ti. Y comparte, serás más feliz”

(Continuará.....)